

861.
R.

PQ 6633

I 6

R 6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ES PROPIEDAD



TRADICIÓN

OÑA María, la Santa,
nació con nublada estrella;
repudiada vió á su madre,
tan infeliz como buena.

Los hijos de su madrastra
le arrebataron la herencia;
nególe el amor su padre,
Dios le negó la belleza.

¡Desdichada fué de niña,
desdichada de doncella;
para aumentar su infortunio,
sin duda, la hicieron Reina!

El de Aragón se casó
con la dote, y no con ella.
¿Por qué le dió la corona
cuando el corazón le niega?

Don Pedro, *flor de los Reyes*
y *espejo de gentileza*,
el católico y el noble,
el valeroso, el poeta,

por no ser de Reyes hija
diz que á su esposa desdeña;
pero los pueblos murmuran
que por otro amor la deja.

¡Rey galante, mal escoges.,
por vidrio cambias las perlas,
lo propio por lo robado,
la virtud por la belleza!

¡Ay, desde aquella mañana
de florida primavera,
en que en la santa capilla
del Temple, de luces llena,

la unió con Pedro segundo
la bendición de la Iglesia,
tres años hace que sufre
la infortunada Princesa!

Tres años que no sonríe
ni sus tristes ojos seca;
llorando pasa los días,
llorando las noches vela;

mientras que el infiel esposo,
sin cuidarse de sus penas,
de una principal señora
ronda, galante, las rejas.

Haciendo suya la causa
de la infortunada Reina,
de Montpellier los varones
en secreto se congregan,

quejosos del rey don Pedro
que á la de Guillén desprecia;
que quien á su dueña ofende,
tambien á la villa afrenta.

Quieren que Pedro á los brazos
de su digna esposa vuelva,
porque renueve sus bodas
con Montpellier y con ella;

que arraigue en la Señoría
de Aragón la estirpe regia,
y el árbol de sus amores
produzca flores eternas.

Los cónsules de la Villa,
en secreta conferencia
con su noble Soberana,
algo muy grave conciertan.

Lo que de grado no pueden,
por el engaño lo intentan.
¡Ay, que para ser creída
la verdad augusta mienta,

y que á veces, por sarcasmo,
de la vida en la comedia,
con el vestido del vicio
se disfrace la inocencia!

CAUTELOSO, un pajecillo
del Rey á las plantas llega;
un pergamino doblado,
que exhala oriental esencia,

pone en su mano, y, discreto,
sale de la estancia regia:
la faz de Pedro retrata
de su emoción la violencia.

De su adorada señora
es una cita secreta,
y el Rey imprime al mensaje
más besos que tiene letras.

La noche espera don Pedro,
y con tanto afán la espera,
que, ansioso, se bebería
las horas de luz que quedan.

Tan de prisa van sus ansias,
que hallan las horas eternas;
acusa al sol de indiscreto,
de torpes á las estrellas,

y en su demente delirio,
teme que, por vez primera,
falte la constante Noche
á su cita con la Tierra.

Pero no faltó: el alcázar,
del Rey por orden expresa,
yace en sombras. ¡Las traiciones
bien están en las tinieblas!

Súbito se alza el Monarca,
la mano al pecho se lleva,
leve murmullo se escucha,
como de agua que se acerca;

y era, en verdad, una ola
de encajes, de oro y de seda:
entra velada una dama;
loco el Rey, prorrumpe:

—¡Es ella!

Y asiéndola de una mano
con ambas las suyas trémulas,
la conduce ante una ojiva,
que inunda la luna llena.

Bajo nubes del tocado
soles de joyas flamean;
álzase el velo la dama,
y el Rey exclama:

—¡La Reina!

Y corrido, mudo, atónito,
suspenso, inmóvil se queda;
mientras que en el fondo oscuro
de la ancha cámara regia,

como por arte de encanto
el grueso tapiz se pliega,

y en el hueco que descubre
de Pedro al asombro muestra,

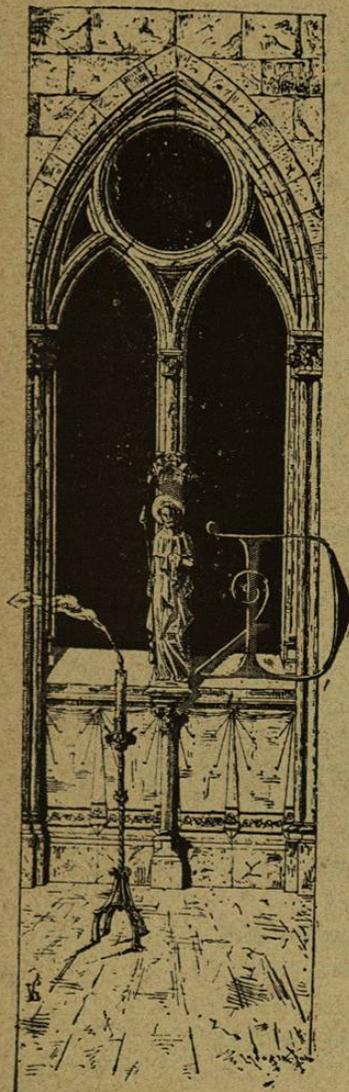
de nobles figuras hecho
un grupo de tal grandeza,
que es de un pueblo poderoso
conjunto, cifra y emblema:

cónsules y ciudadanos,
que á Montpellier representan;
damas, caballeros, frailes,
soldados, pajes, doncellas,

todos como al templo, vienen
con blancas hachas de cera,
todos ante el Rey se postran
para alcanzar su clemencia:

perdón de su engaño piden
y gracia para su Dueña.
Ante su esposa que llora,
y ante su pueblo que ruega,

conmovido Pedro el Noble:
—¡Pues que lo quisisteis, seal—
dice, y se arroja á los brazos
de la enamorada Reina.



II

JAIME

LOS bendijo la esperanza
del pueblo de Montpellier,
haciendo que floreciera
la rama de los Guillén;

que de Pedro y de María
nació un hijo de tal prez,
que mientras exista el mundo
se hablará en el mundo de él.

Jaime llamaron al Príncipe,
del cielo por la merced,

que en la iglesia doce cirios
mandó la Reina encender,

y el nombre de un Santo Apóstol
dió á cada cirio su fe,
del que más tiempo luciera
queriendo el nombre escoger.

Once, á un tiempo consumidos,
se extinguieron á la vez;
y al cirio de Santiago
se vió largo tiempo arder;

que el Santo Apóstol, que vela
por el pueblo aragonés,
quiso del recién nacido
patrono y égida ser.

Mas ¡ay! ¡cuán breve la dicha
de la triste Reina fué!
Que le enturbiaron la fuente
cuando tenía más sed;

le envenenaron el vaso
cuando empezaba á beber;
cuando de un amor de madre
comenzó á gustar la miel,

sobre la dorada cuna,
cifra de todo su bien,
por mano artera lanzada
vino una piedra á caer,

que del volcán de la envidia

lava delatora fué,
que el cráter de las traiciones
mostróle, abierto, á sus pies.

Los infantes de Aragón,
los bastardos de Guillén,
de sus locas ambiciones,
de su culpable avidez,

vieron ante aquella cuna
rodar la altiva Babel,
y aborrecieron á Jaime
por el crimen de nacer.

¡Si la traición no respeta
ni el sueño de la niñez,
más vale nacer mendigo
que nacer hijo de Rey!

¡Ay, Provenza infortunada,
quién te ha visto y quién te ve!
SICART DE MARJEVOLS.

IBA el conde de Tolosa
por Tolosa á contender,
cuando se le alzó el condado
contra el obispo Folquet.

Pide el Legado á Raimundo
toda guerra suspender,
tornando sus propias armas
contra la rebelde grey.

Niégame el Conde, y armado
con el rayo de la fe,
Pedro Castelnau fulmina
la excomunión contra él.

Conde y Legado altercaban,
cada cual por su interés;
increpó el Legado al Conde
con soberano desdén,

y un paladín tolosano,
soberbio como Luzbel,
hirió al ministro del cielo,
que cayó, muerto, á sus pies.

Cruje el rayo pontificio
sobre Tolosa otra vez;
Provenza provoca al Papa
con sentencias de Ezequiel:

sangre, pide el *serventesio*;
guerra, clama el Albigés;
y acusados son de herejes
Cominges, Foix y Beziers.

Arnaldo y Milón despliegan
las banderas de la fe,
y toman la cruz Monforte
San Pol, Borgoña y Nevers;

arzobispos y prelados,
nobles del suelo francés,
llegan á la voz del Papa
y del abad del Cister:

y juran el exterminio
de Tolosa y de su grey,
de Provenza y de su raza,
que raza de herejes es.

Prisionero de Monforte
murió Raimundo Roger;
mares de sangre inundaron
á Carcasona y Beziers:

y en tanto que Pedro el Noble
lanzó el rayo de la ley
contra herejes de la Marca,
de Raimundo hermano fiel,

con las guerras de Provenza
quiso acabar de una vez,
creyendo del de Monforte
saciar la avarienta sed;

y por virtud de un tratado,
otorgóle, en Montpellier,
la rica y huérfana herencia
del vizconde de Beziers;

prometió casar á Jaime
con la hija del francés,
y entregó á Monforte el niño,
de aquella promesa en fe.

Y dobladas vió sus penas
doña María Guillén.
¡Triste Reina, pobre madre,
desventurada mujer!

Es hermana, y dura guerra
le hacen los hijos de Inés;
es esposa, ama á su esposo
y es repudiada por él;

es madre, y de entre sus brazos
le arranca implacable ley
al hijo de sus entrañas,
de su vida único bien;

Soberana, y sus vasallos
la arrojan de Montpellier,
cobrando en su patrimonio
las deudas que dejó el Rey.

Vió sus bienes confiscados,
vió sus castillos arder,
su juventud condenada
á prematura viudez;

y sin Estado, sin hijo,
sin amores ni sostén,
á llorar fué sus desdichas
del Pontífice á los pies:

y allí, la suerte, con ella
compasiva alguna vez,
dióle un consuelo al morir
y una tumba en que yacer.

CONDENADO el de Tolosa
por el Concilio de Arlés
á humillar su altiva frente
ó sus bienes á perder;

y hallándose en el Concilio
de Aragón el noble Rey,
para su deudo Raimundo
pidió á los Padres merced.

Pero al mirar rechazados
su valimiento y poder,
con los lauros de las Navas
ceñida la augusta sién,

el Rey Católico y Noble,
el defensor de la fe,
jurando que á los cruzados
hará la tierra morder,

planta el glorioso oriflama
en los campos de Muret,
y legiones de valientes
se agrupan en torno de él.

Trovadores y magnates
de Carasona y Beziers,
de la Marca y la Aquitania,
Provenza y el Albigés;

ed Aragón y Cataluña
los guerreros de más prez,
á lidiar van por Tolosa
y el Monarca aragonés.

Tantas armas van cubriendo
las llanuras de Muret,
que cual ancho mar de plata
se las ve resplandecer.

Jinete en *mil sueldos de oro*
(quetal vale su corcel)
da el gallardo rey don Pedro
la señal de acometer.

El conde Simón recibe
la bendición de Folquet,
el trovador hecho obispo,
que á Papa llegó después.

Se oyen trotar los bridones,
los atabales tañer:
de éste lado:—¡Aragón!—claman.—
¡Tolosa!—gritan de aquél.

—¡Monfort, Monfort!—apellidan
los soldados del francés;
y ambas huestes se arremeten
y se funden á la vez.

Traspasa el hierro la cota,
la maza abolla el arnés,
salta en pedazos la lanza
y herido bota el corcel.

Por sustentar su divisa
de triunfar ó perecer,
de las enemigas huestes
internándose á través,

el temerario don Pedro
grita:—¡A mí, yo soy el Rey!—
y súbito del caballo
viéronle muerto caer.

Ya sin jefe, los guerreros
se desbandan en tropel;
y en las apiñadas huestes,
que huyendo van por do quier,

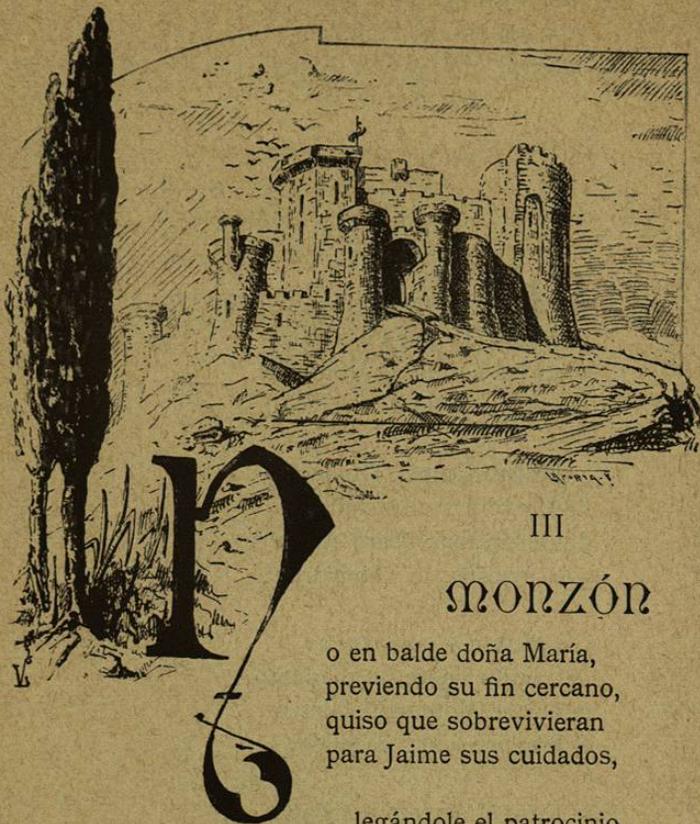
del vencedor el acero
se ceba duro y cruel,
segando vidas, cual siegan
las hoces compacta mies.

Los que del hierro se salvan,
van al río á perecer;
otros se arrancan la vida
con soberana altivez.

La flor de los caballeros
pereció en torno del Rey:
¡Provenza y sus trovadores
murieron allí con él!

TRISTE herencia fué la herencia
del Monarca aragonés;
un reino ardiendo en discordias,
y para futuro Rey,

Jaime, de tan pocos años
que apenas contaba seis,
prisionero en Carcasona
del vencedor de Muret.



III

MORZÓN

o en balde doña María,
previendo su fin cercano,
quiso que sobrevivieran
para Jaime sus cuidados,

legándole el patrocinio
del Pontífice Romano:
que es el amor de las madres
flor que muere fecundando.

Ambos en un año solo
huérfano al niño dejaron;
el Rey le dejó en prisiones,
la Reina le dejó amparo.